



Libro del Dr. Francisco Quesney Langlois:

"Disfrute plenamente su vejez"

Por Rosario Guzmán Errázuriz

¡A envejar como el jerez! ¡Ser útil de viejo! ¡Ser afortunado! ¡Ser final! ¡No ser vinagre! ¡Ser vital!

Esa es la orden del día, no en materia política —al decir de Lagos—, sino en materia de vida... al decir del doctor Francisco Quesney Langlois.

Desde el sillón de su escritorio de Banmedica, sentencia como es su costumbre, sin pelos en la lengua: "Si este sistema (de las lagres) no le resuelve el problema a los viejos, se va a ir al hoyo."

En un castellano directo, entretejido, ágil —no exento de cierto humor negro—, el libro aborda la vejez, sin dimes ni direses... Va al grano, al callo, al sexo, al infarto, a la artritis... para decir finalmente, junto a André Maurois ("Un arte de Vivir") que la vejez no tiene tanto que ver con años más o años menos, sino con una actitud del espíritu. Y es así como el autor afirma que independiente de las camas, arrugas, arterias rígidas o el pensar más lento, la vejez se lleva en el alma... Hay así jóvenes viejos y viejos jóvenes: "Jóvenes de forma, de cabello abundante y lustroso a quienes, sin embargo, la vida dejó atrás y su actitud es justamente esa: mirar hacia atrás... Y al lado de ellos hay viejos con canas y todo lo demás, que no sólo están incorporados al proceso de la vida, sino que lo lideran..."

Por ahí se entusiasma el autor con la mención de "viejos notables" (y, desde luego, viejas también) de las más diversas épocas y nacionalidades. Cita a Moisés, Abraham, Sócrates, Platón, Pericles, San Pedro, San Pablo, Miguel Ángel, Gutenberg, Cervantes, Newton, Darwin, Pasteur, De Gaulle, Shaw, Churchill (¡ah!, y recuerda una anécdota de inolvidable ingenio, cuando el viejo Shaw le envía al viejo Churchill —enemigo político suyo— dos entradas para asistir al estreno de su obra, junto a una misiva que rezaba: "Te envío dos entradas, por si aún le queda un amigo...", a lo cual Sir Winston le respondió: "No puedo ir al estreno. Iré el segundo día, si aún está en cartelera...").

Entre los "viejos notables" chilenos aparecen, entre otros, Francisco Antonio Encina, Desiderio Papp, los Alessandri, los doctores Cruz Coke, Armas Cruz y Arias... Entre las "viejas notables", desde Sara (del Antiguo Testamento), pasando por Agatha Christie, hasta Gabriela Mistral, Amanda Labarca, Ester Huenegui...

Nos cuenta el doctor que no han faltado quienes —no exhibiendo la cu-

"Si las lagres no le resuelven el problema a los viejos, se van a ir al hoyo..."



ta mínima del sentido del humor necesario para disfrutar del libro— han desaprobado este ingenioso capítulo por considerarlo irrespetuoso, juicio que de verdad resulta discutible. Lo que es el autor —de quien hacemos una brevísima síntesis en recuadro aparte—, se defiende: "No existe la menor intención de faltar al respeto a las personas mayores cuando hablo de viejos y viejas. Por el contrario, es una expresión de respeto, incluso de cariño. Y jamás usará, en serio, el término tercera edad, por encontrarme una hipocresía insoportable. Es como quitarle el 'glúteno' a la jeringa, y no llamar a las cosas por su nombre".

Se diría que, al revés, el autor pondera y valora la vejez. La defiende y la protege. La estimula. Entre los capítulos del libro destacan: La sabiduría, un atributo de los viejos, La juventud, ese defecto que se pasa con los años...

Fue William Shakespeare quien dijo: "La vida es un drama escrito en tres actos. Los dos primeros están bien escritos. El tercero hay que re-escribirlo". Y esto es precisamente lo que hace Quesney Langlois, cuando analiza el envejecimiento, las enfermedades más comunes de la vejez, al autocuidado de la salud y las mejores formas de prepararse para ser un "viejo choro" o una "vieja encachada", en vez de unos "viejos cachos..."

Al autor le interesa desmitificar básicamente los cuatro mitos que, a su juicio, existen en esta sociedad moderna que se ha confundido contra los viejos: 1°. Que el viejo no puede trabajar, lo que es falso. ("Puede y debe hacerlo, aunque de una manera diferente"); 2°. Que el viejo es un adulto enfermo. ("Cuando un adulto es toronado, se le dice que se suene; cuando lo hace un viejo, lo meten a la

UTI..."); 3°. Que el destino inexorable del viejo es la demencia, lo que no es cierto. ("Está científicamente demostrado que la inteligencia del viejo puede seguir creciendo si se la estimula"); y, 4°. Que la vejez es la antecámara de la muerte. ("y de tanto pensar en la muerte, se deja pasar la vida").

De pronto se entronca con el tema de la juventud y reflexiona en voz alta: "¿Cuántas de las actitudes desquiciadas de los jóvenes —me pregunto— se deben a que los viejos y los adultos dejaron de transmitir sus valores, sus creencias, sus buenas costumbres...?"

Es por todo esto que el doctor Quesney pretende que su libro "Disfrute plenamente de la vejez" colabore a que la persona mayor comprenda su proceso de envejecimiento y acepte los cambios que experimenta, para llegar a la vejez en buena forma. Y que los adultos y los jóvenes que se relacionan con ellos tengan una actitud más positiva hacia la vejez.

Tras también una sugerencia para los médicos —"esos supuestos opositores de la medicina"— que manifiestan su molestia porque un viejo se asenta con síntomas que él considera banales: "Actuación igual a la terquedad la exhibe un economista de Chicago, que no da su brazo a torcer, o si le demora en la cola lo produce una rubia estúpida, o si la llamada de una noche le hace un alto ejecutivo de empresa con billetera bien provista...".

La orden del día entonces: saber envejecer porque, en una de éstas, llegamos a viejos. Y habrá un momento en que ni todo el trote del mundo ni toda la cirugía plástica imaginable ni todos los trasplantes de lo que sea, podrán borrar la huella de un tiempo transcurrido y que no siempre fue mejor ayer de lo que podría ser mañana...

Ferviente admirador de Alf

El doctor Francisco Quesney Langlois tiene 57 años de vida y 34 de médico, 30 de los cuales estuvo ligado a la Escuela de Medicina de la Universidad Católica —de la que fue profesor titular— en tareas relacionadas con la Salud Pública. Ejerció como jefe de planificación del Ministerio de Salud, como director general del Servicio Nacional de Salud y Subsecretario subrogante del Ministerio. A partir de 1984 derivó al sector privado. Hoy está en Banmedica.

"La gente que me conoce superficialmente debe considerar que soy uno de los tipos más antipáticos de los que andan sueltos... Quienes me conocen mejor, deben pensar que soy un riguroso académico", especula. Se diría que disfruta de su lucidez mental, en tanto tiene conciencia que su lengua —adobada de ironía y co-

quedad, cuando quiere— puede profanar palabras y conceptos hirientes. "Pero como no poseo la virtud de la mansedumbre, sólo a veces me arrepiento...", reconoce.

Lector empedernido e indiscriminado y ferviente angélico, los autores con quienes más se solaza son Ridder Haggard, Evelyn Waugh, Graham Greene y Aldous Huxley. Admite que sin ser melómano, le encanta la música. Y... (sus ojos se fijan en una figurita que tiene adherida a la llingara del escritorio) mientras exclama: "Soy un ferviente admirador de Alf... Nunca veo TV porque la hallo nefasta, pero no me pierdo los martes, cuando luego de las inolvidables declaraciones del abismante Merino, viene Alf, pintoresco en lo físico, con un sentido del humor extraordinario y, ¡tan bueno que es...!"

Libro de Dr. Francisco Quesney Langlois, "Disfrute plenamente su vejez" [artículo] Rosario Guzmán Errázuriz.

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario:Guzmán Errázuriz, Rosario, 1945-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Libro de Dr. Francisco Quesney Langlois, "Disfrute plenamente su vejez" [artículo] Rosario Guzmán Errázuriz. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile